
▼

Alejandro de Humboldt:

ciudadano mexicano*

*Jean-Paul Daviols***

A fines del siglo XVIII el continente americano permanecía como una *terra incognita* para la mayoría de los europeos. En efecto, tres siglos después de la famosa expedición de Cristóbal Colón, la imagen del Nuevo Mundo y de sus habitantes se limitaba a unos cuantos estereotipos. Por lo tanto, el viaje de Alejandro de Humboldt y de su compañero Amadeo Bonpland por la América española y Estados Unidos (1799-1804) representó una etapa fundamental en la historia del descubrimiento, no sólo de América sino del mundo, pues ofrece caracteres nuevos y originales si se le compara con los viajes anteriores. Ya no se trataba de descubrir nuevas tierras, tampoco de conquistar, evangelizar o poblar, sino de observar, investigar, describir, ponderar, revelar.

* Conferencia presentada por el autor el día 21 de febrero en el Archivo General de la Nación.

** Profesor de Literatura y Civilizaciones Latinoamericanas de la Universidad de París-IV, Sorbona.

SECRETARIA DE ESTADO
Y DE Despacho DE
RELACIONES EXTERIORES.

El Excmo. Sr. Presidente se ha servido dirigirme el decreto que sigue:

AL CIUDADANO BENITO JUÁREZ, Presidente interino constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, á sus habitantes, sabed:

Que decretado dar un público testimonio de la estimación en que México, como todo el mundo, tiene la memoria del ilustre, sabio y benéfico viajero, ALEJANDRO HUMBOLDT, y la gratitud especial que México lo debe por los estudios que en él hizo sobre la naturaleza y producciones de su suelo, sobre sus elementos económicos y sobre tantas útiles materias que publicadas por su incansable pluma, dieron honor y gloria á la República cuando aún se llamaba Nueva España, he tenido á bien decretar lo que sigue:

Artículo 1.º Se declara Benemérito de la Patria al Sr. DON ALEJANDRO HUMBOLDT.

Artículo 2.º Por cuenta del tesoro de la República se mandará hacer en Italia una estatua del tamaño natural de Humboldt, que represente al Sr. HUMBOLDT, y una vez terminada de allí se colocará en el Seminario de Minas de la ciudad de México con una inscripción conveniente.

Artículo 3.º Se remitirá el original de este decreto á la familia de representantes del Sr. HUMBOLDT, y un ejemplar á cada uno de los cuerpos científicos de la República, suplicando á sus secretarías que se conserve en sus archivos.

Por tanto, asída se imprima, publique, circule y se lo dé el cumplimiento.

Dado en el Palacio del Gobierno Nacional, en la H. Veracruz, á 29 de Junio de 1859. — Benito Juárez. — Al C. Melchor Ocampo, Ministro de Gobernación y Encargado del Despacho de Relaciones Exteriores.

Y lo comunico á V. para su conocimiento y fines consiguientes.

Dios y libertad. H. Veracruz, Junio 29 de 1859.

Ccampo.

Como lo apunta en varias obras suyas, Alejandro de Humboldt fue uno de los primeros que se atrevió a aventurarse tierras adentro, recorriendo miles de kilómetros por tierra, por río o por mar. Había conseguido, gracias a relaciones diplomáticas, que el rey de España, Carlos IV, le otorgara un pasaporte extraordinario para visitar sin estorbo cualquiera región de sus inmensos dominios de ultramar.

La meta principal del sabio prusiano era de orden científico, o sea el estudio de la física del Globo (*Erdkunde*), con la mira de acercarse a una explicación general de los fenómenos naturales, o sea la relación entre lo inanimado y los fenómenos de la vida. Pero no se limitó a unas observaciones de geología, higrometría, meteorología y ciencia natural, sino que también se interesó por la demografía, la economía, la arqueología, la historia, la historia de las mentalidades, etcétera.

Me parece necesario recordar aquí, con brevedad, cuál fue el itinerario que siguió la pareja franco-prusiana por tierras americanas.

Viaje a las regiones equinoxiales

Después de una estancia de tres meses en Madrid (marzo, abril y mayo del año de 1799), salen de La Coruña el 5 de junio, a bordo del Pizarro, rumbo a las Antillas. Una estancia de una semana en Tenerife les permite ascender al Teide, estudiar la flora de la Orotava, en particular el famoso drago milenario. Llegan a Cumaná el 16 de julio de 1799. Permanecen unos meses en la faja costera de Venezuela (Cumaná, Caracas, Nueva Barcelona, La Guaira, la península de Araya, luego Nueva Valencia y Puerto Cabello). A partir de marzo de 1800 emprenden la marcha hacia San Fernando de Apure y, de aquí, se embarcan en este río para llegar a su confluencia con el Orinoco. La navegación del Orinoco constituye la principal hazaña del famoso viaje por las "regiones equinoxiales". Entre marzo y junio, remontan el río hasta San Carlos de Río Negro, en las fronteras con las posesiones portuguesas de Brasil. Luego, vuelven al Orinoco por el cañón del Casiquiare y van río abajo hasta Angostura (Ciudad Bolívar). Han recorrido más de 2,000 kilómetros en condiciones sumamente difíciles:

Durante cuatro meses, hemos dormido en las orillas de los ríos, en los bosques más tupidos, oyendo siempre los rugidos

de los tigres y defendiéndonos contra sus ataques mediante fogatas.

Vuelto a Cumaná el 26 de agosto de 1800, después de visitar las misiones de los indios caribes y al cabo de una estadía de un mes en Nueva Barcelona, Humboldt, con su siempre fiel Bonpland, se embarca desde aquel puerto hacia Cuba, a donde llega el 19 de diciembre. La vida cotidiana de los esclavos en los ingenios de azúcar le indigna y, desde entonces, se convierte en un enemigo declarado de la esclavitud. El 15 de marzo de 1801 sale en barco para Cartagena de Indias, lugar al que llega el 30 del mismo mes. Hospedado en casa de Ignacio del Pombo, sale de Cartagena el 21 de abril para Bogotá, navegando sobre el río Magdalena que remonta durante cuarenta y cinco días hasta Honda. Llega a Bogotá el 6 de junio, donde lo reciben con grandes festejos. Traba amistad con el gran botanista José Celestino Mutis. Después de unas excursiones, sale el 8 de septiembre para Popayán, tomando el camino más difícil por el paso del Quindío. Llega a Quito el 6 de enero 1802, en donde se quedará unos seis meses. Estudia los volcanes, ascendiendo al Pinchincha y al Chimborazo. No podrán los viajeros llegar hasta la cumbre del gigante —iba acompañado por Bonpland y por el joven ecuatoriano Montúfar—, vencidos por el frío y por el soroche. Pero alcanzarán 5,878 metros de altura.

Recorren el Perú hasta Cajamarca. Mientras tanto, Humboldt observa, describe y comenta los prestigiosos vestigios de la civilización inca. En septiembre de 1802 llega a Lima. Observa en El Callao el paso de Mercurio, y descubre la corriente fría a la que se dará su nombre.

Estancia mexicana

El 24 de diciembre de 1802 sale para Acapulco, haciendo escala en Guayaquil. Llega a Acapulco el 22 de marzo de 1803. Desgraciadamente no hace una descripción detallada del puerto. Habla del comercio, del galeón de Acapulco, de las fiebres y de la Abra de San Nicolás. Llega a México, capital, el 11 de abril. México era en aquel entonces, como lo es en la actualidad, la ciudad más importante del continente americano con sus 150,000 habitantes (Filadelfia contaba con 80,000). Durante varios

meses Humboldt vive en contacto cotidiano con la sociedad de sabios y letrados mexicanos y españoles, muy densa y de alto nivel intelectual. Había escrito en una carta a su amigo Wildenow comentándole que no tenían fundamentos "los prejuicios que tienen los Europeos del Este y del Norte contra los españoles (...)".

Trabaja en el Colegio de Minería, visita los principales monumentos de la capital y los alrededores, los talleres, los obrajes, las pirámides, etcétera. En mayo de 1803, va a visitar las minas de Pachuca y de Regla. En abril está en Guanajuato donde estudia el Real de Minas, muy rico y bien organizado. En septiembre se traslada a Valladolid de Michoacán (Morelia), y en esta provincia hace la ascensión del Jorullo, volcán que había surgido súbitamente en dos días, en 1759. Después de una excursión a Toluca —donde asciende el famoso Nevado—, vuelve a México, donde participa en el tribunal de Minería y pronuncia tres conferencias —en español, por supuesto—.

El 20 de enero de 1804 Humboldt sale para Vera Cruz. Al paso visita los famosos obrajes de Puebla, en los que trabajan en condiciones escandalosas hombres libres sometidos al sistema de "la tienda de raya". Calcula la altura del Popocatepetl y del Itzaccihuatl. En Cholula, visita y describe la célebre pirámide. Asciende al Cofre de Perote. En Jalapa, idea su teoría de los niveles de vegetación, según un esquema que se ha hecho clásico en la creación de la geografía tridimensional.

El 19 de febrero Humboldt y Bonpland llegan a Vera Cruz, donde se embarcan para Cuba. El 29 de abril de 1804, antes de volver a Europa, los dos viajeros salen para Estados Unidos y luego llegan a Burdeos el 3 de agosto de 1804.

Humboldt: historiador de la sociedad colonial

En la inmensa obra de Humboldt, conocida esencialmente por lo que atañe a las ciencias exactas o naturales, vale la pena considerar el análisis que hizo de las colonias españolas de América y, en particular, de México, en vísperas de la Independencia. Sus contribuciones, en este campo, se extienden al conocimiento de la historia, de las sociedades y de la economía coloniales.

Estudia los tres sectores que componen la sociedad colonial a fines del siglo XVIII: blancos, indios y mestizos, y negros. Con Humboldt se

revela una estructura social en la que la clase de los blancos goza de una situación privilegiada que provoca conflictos entre los grupos étnicos "cuyos respectivos intereses son diametralmente opuestos", a lo que hay que añadir las diferencias entre criollos y españoles y, además, las disputas entre el poder de tutela más o menos estricto que la Corona podía ejercer sobre sus posesiones de América y la facción de los propios "colonos" criollos. Por lo que toca a la capa social de los blancos, criollos en su mayoría, Humboldt analiza sus principales componentes y su mentalidad: prejuicio de color, pasión por los títulos, hostilidad sistemática contra cualquier disposición legal emanada de la Corona, sentimiento de pertenecer ya más a América que a España, nacionalismo local incipiente, etcétera. En todos los sectores de la vida social, Humboldt advierte las manifestaciones de una lucha encarnizada entre los criollos y el poder español, además de rivalidades más específicas entre rurales y citadinos, llaneros y serranos, gobernadores e intendentes, negociantes y misioneros, clero regular y clero secular, etcétera. Pero la lucha principal es la que remonta hasta los primeros tiempos de la Conquista, por los oficios, la repartición de tierras, las minas, la apropiación de la mano de obra indígena o africana y de las riquezas del negocio y las manufacturas. Grande es la sorpresa de nuestro viajero ante las profundas contradicciones de este grupo blanco, en parte mestizado, y que sin embargo conserva muchos prejuicios heredados de sus antepasados hispanos.

Otro contraste también que le sorprendió mucho, y que no supo quizás explicar plenamente, fue la severidad de las leyes españolas y su arcaísmo con respecto a los aspectos positivos de la política cultural de la Corona, o sea la importancia de las universidades, de las escuelas de Minería (como la de México), la organización de misiones científicas, etcétera. Se ejerce en Nueva España una política a la vez ilustrada y despótica, como lo deduce refiriéndose a la represión ejercida contra los criollos que leían la *Declaración de los Derechos del Hombre* o libros prohibidos como los de Jean Jacques Rousseau o los de Benjamin Franklin.

Humboldt subraya una asombrosa semejanza entre la Península y América en esta época, observando que en el plan político se manifiestan casi las mismas corrientes: en España, los afrancesados, en América, los separatistas que, a su juicio, estaban perdiendo "su individualidad nacional sin haber sabido extraer de sus relaciones con los extranjeros las

nociones precisas sobre los auténticos fundamentos de la felicidad y del orden social".

La idea principal de Humboldt es que el sistema colonial es profundamente injusto y que es la causa principal del gran desorden político así como de las injusticias sociales que él denuncia con fuerza: la esclavitud de los negros, el sometimiento absoluto de los indios, la profunda desigualdad entre los pudientes y la gran masa de los desheredados.

Con relación al estudio de la situación de los indígenas, Humboldt considera que el sistema de las misiones ha logrado proteger a los indios contra las violencias de los encomenderos y latifundistas, agrupándolos en unidades de producción, pero que ha contribuido a aislarlos de la sociedad civil e impedirles un desarrollo propio, manteniéndolos en una posición de tutela perpetua. Examina la condición de los indios mexicanos —apoyándose en la Representación al Rey del Cabildo de Michoacán—, sus duras condiciones de vida y los abusos que sufren: tienda de raya en los obrajes, menoría perpetua, restricciones jurídicas de toda índole. Es de citar a este respecto al célebre párrafo que sigue siendo pertinente:

¡Ojalá (el *Ensayo*) haga penetrar en las personas llamadas a velar por la prosperidad pública esta importante verdad!: que el bienestar de los blancos se halla estrechamente ligado al de la raza cobriza, y que no puede haber felicidad durable, en las dos Américas, hasta que esta raza humillada, pero no envilecida, por una larga opresión, no participe en todas las ventajas derivadas de los progresos de la civilización y del perfeccionamiento del orden social. (*Ensayo político*, IV, 128.)

A pesar de todo, los estudios demográficos de Humboldt revelan una población indígena mucho más numerosa de lo que se creía en Europa, o sea unos ocho millones de indios (50% de la población total de Hispanoamérica), a los que hay que añadir cuatro millones de mestizos y mulatos.

Los esclavos negros despiertan en el viajero interés y compasión. Antiesclavista antes de su salida para América, se indigna ante esta forma odiosa de explotación y en el *Ensayo político sobre la Isla de Cuba* hace

un estudio detallado de la población africana y de sus condiciones de vida.

Sin embargo, Alejandro de Humboldt ha tenido una posición algo reservada frente a la Independencia, lo que puede sorprender. En efecto, a pesar de su apego a los ideales de la Revolución Francesa, a pesar de que comprendía y decía que el sistema colonial no podía perdurar, no encontramos en su obra ni una expresión en favor de la separación de las posesiones españolas de su metrópoli. Tal vez un sentimiento de reconocimiento con la Corona de España explica tal moderación. En su dedicatoria a Carlos IV, ofreciéndole su *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* (8 de marzo de 1808), llama la atención del monarca sobre los graves problemas que plantea la conservación del régimen colonial, insiste sobre la urgente necesidad de "perfeccionar las instituciones sociales y los principios sobre los cuales descansa la prosperidad de los pueblos" y, por consiguiente, se sitúa no desde el punto de vista de la mayoría de los criollos sino desde el de la Corona y del reformismo liberal. Por eso, no creará, en un principio, en el éxito de un movimiento de independencia en América, o por mejor decir no podrá concebir una guerra civil entre criollos y españoles.

Por lo tanto será interesante su apreciación relativa al porvenir de las recién nacidas repúblicas independientes; Humboldt escribía en 1820-1825:

Un gobierno informado sobre los verdaderos intereses de la humanidad podrá derramar las luces y la instrucción; logrará aumentar el bienestar físico de los habitantes, haciendo que desaparezca esa monstruosa desigualdad de los derechos y de las riquezas, pero se encontrará frente a enormes dificultades en cuanto quiera hacer que los habitantes sean sociables y enseñarles a considerarse mutuamente como conciudadanos.

También manifestó cierta incompreensión cuando encontró a Simón Bolívar en París, de vuelta de su viaje americano. El futuro "Ángel de la Libertad" le expuso con energía los inaguantables excesos del sistema colonial español, a lo cual respondió Humboldt:

En efecto, creo que su país es actualmente capaz de acceder a la emancipación, pero ¿quién será el hombre capaz de cumplir tan importante empresa?

Más tarde confesará su falta de perspicacia:

Mi compañero Bonpland fue más sagaz que yo, pues desde muy al principio, juzgó favorablemente a Bolívar, y aun le estimulaba delante de mí. Me pareció entonces que Bonpland deliraba. El delirante no era él sino yo quien muy tarde vine a comprender mi error respecto del grande hombre...

Humboldt: americanista

Al lado de esos análisis políticos, Humboldt nos ha dejado un cuadro completo de la economía hispanoamericana en general y de la Nueva España en particular. No falta nada: agricultura, comercio interior y exterior, problemas financieros y monetarios, minas, manufacturas, etcétera. Estudia cuidadosamente la influencia de la producción de metales preciosos sobre la coyuntura económica general y nota que, a mediados del siglo XVIII, la insuficiencia de la producción peninsular ha favorecido la intrusión masiva del comercio extranjero en América, fenómeno confirmado por los más recientes estudios. En 1804, la renta sacada de las posesiones españolas es superior a la de la metrópoli, pero la Corona dedica la mayor parte de ella para cubrir los gastos de la administración colonial. Nota que las producciones agrícolas de México dan una renta superior a la de sus minas; subraya, además, la gran desigualdad que reina en la tenencia de las tierras con la presencia de latifundios de tipo feudal difíciles de explotar de modo racional y rentable.

Humboldt puede ser considerado como el fundador de la antropología y de la arqueología americanistas. Estudió la vida económica, la organización social, las costumbres, las artes, las religiones y creencias de los antiguos mexicanos y peruanos. En *Vues des Cordillères et monumens des peuples indigènes d'Amérique*, presenta un estudio comparado de las cosmogonías de los americanos y de los asiáticos,

estudio que, en gran parte, es todavía valedero. A pesar de su racionalismo dieciochesco, Humboldt logra, gracias a la observación de culturas tan diferentes de la europea, rectificar los esquemas del evolucionismo social y cultural de su siglo. Define tres reglas fundamentales de los métodos antropológicos e históricos:

1. El concepto de **desigualdad de desarrollo** de los diversos sectores de la vida moral, social e intelectual para cada grupo humano, concepto que niega la creencia según la cual todos los pueblos de la tierra habrían tenido que pasar por las mismas experiencias y los mismos estadios según un progreso continuo y uniforme. Eso le permite explicar en parte la contradicción entre el refinamiento de la vida social de los antiguos mexicanos y la crueldad de sus rituales religiosos.
2. La noción de **especificidad**, que se enuncia como la necesidad del investigador de crear y adoptar criterios diferentes para estudiar las costumbres y las artes de un pueblo.
3. La noción de **posibilismo**, que niega en parte el determinismo sistemático y simplificador que pretendía someter estrechamente al medio natural la historia y las culturas de los pueblos.

Al cabo de sus investigaciones sobre los pueblos autóctonos de América, gracias a un estudio minucioso de la morfología, de las lenguas, del color, enuncia la hipótesis de su origen asiático, como lo habían supuesto ya el padre Acosta y el padre Clavijero, sin descartar la posibilidad de otros aportes como el polinesio o el melanesio.

A propósito de la antigüedad del hombre americano, gracias al análisis de los manuscritos mexicanos, de los vestigios arqueológicos y de todo lo que pudo leer en los cronistas e historiadores españoles e indígenas, Humboldt propone la cifra de 20,000 años, lo que representa una novedad en un tiempo en que Buffon o Robertson suponían una antigüedad de apenas ¡300 años!

La fascinación mexicana

Se insiste muy a menudo en la influencia que ha tenido Humboldt en América, pero se conoce menos la importancia del impacto que han tenido los americanos ilustrados, y particularmente los mexicanos, en la

elaboración de sus obras. En efecto, la estancia mexicana de Humboldt le produjo profunda y grata impresión, lo mismo que el contacto prolongado que mantuvo con la élite intelectual y científica novohispana. Insiste sobre los esfuerzos realizados por la monarquía ilustrada en este país:

Desde fines del reinado de Carlos III y durante el de Carlos IV, el estudio de las ciencias naturales ha hecho grandes progresos, no sólo en México sino también en todas las colonias españolas.

En México, enumera los principales establecimientos científicos:

Ninguna ciudad del Nuevo Continente, sin exceptuar las de los Estados Unidos, presenta establecimientos científicos tan grandes y sólidos como la capital de México. (*Ensayo*, p. 79-83).

Describe detalladamente las actividades del Jardín Botánico (1788), en el que Vicente Cervantes posee "además de sus herbarios, una rica colección de minerales mexicanos". Nota también la labor de José Mariano Mocino, uno de los principales colaboradores de Martín de Sesse y Lacasta, jefe de la expedición botánica mandada a México por la Corona en 1787, y la de Echeverría, pintor de plantas y animales "cuyas obras pueden competir con lo más perfecto que en este género ha producido Europa".

Recuerda la gran importancia de la Escuela de Minería, dotada de su laboratorio químico, de su colección geológica y de su gabinete de física con los mejores instrumentos de la época. Humboldt menciona a sabios como Juan José Oteyza, geógrafo y matemático —estrecho colaborador de Humboldt—, a quien proporcionó datos geográficos y geodésicos y a quien le agradece de este modo en una carta:

(...) Repito las expresiones de mi tierna amistad y del agradecimiento que le debo a usted por la grande y constante paciencia con la cual usted me ha ayudado en mi trabajo durante mi mansión en México. Usted sabe que nadie admira más que yo los profundos conocimientos

matemáticos de los cuales usted está adornado y tendré motivos de elogiarlos públicamente. (Puebla, 27 de enero de 1804).

También colaboró con Andrés Manuel del Río, catedrático del Seminario de Minería, y con Fausto de Elhuyar, quien había venido en reemplazo de Joaquín Velázquez de León, sabio mexicano "que había logrado construir sus propios instrumentos de observación con cuyo empleo obtuvo resultados sobresalientes". Humboldt utilizó sus obras (manuscritas) para su estudio sobre el desagüe del valle de México.

En fin, el viajero alude a Antonio de León y Gama, "astrónomo hábil e instruido", particularmente célebre por sus investigaciones sobre "el almanaque y la cronología de los antiguos mexicanos" y quien publicó en 1792 su famosa *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras que con ocasión del nuevo empedrado que se está formando en la plaza principal, se hallaron en ella el año de 1790*.

En *Vues des Cordillères et monumens des peuples indigènes de l'Amérique*, el viajero prusiano se inspira intensamente en sus trabajos. El tan celebrado *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* no se hubiera podido elaborar en tan excelentes condiciones de no existir aquella gran Ilustración mexicana, en la que los científicos españoles y criollos unían sus esfuerzos para fomentar y derramar las Luces del siglo.

Además de este ambiente científico ilustrado, que sin duda alguna fue de su agrado, Alejandro de Humboldt experimentó los efectos del encanto muy especial que tiene la tierra mexicana. Su clima le convenía perfectamente:

Mucho han exagerado los Europeos acerca de la influencia de estos climas sobre el espíritu, al afirmar que es imposible soportar aquí el trabajo intelectual; pero nosotros debemos hacer público lo contrario y decir, por experiencia propia, que jamás hemos gozado de tanta fuerza como al contemplar las bellezas y la magnificencia que ofrece aquí la Naturaleza. Su grandeza, sus producciones infinitas y nuevas nos electrizaban, por así decirlo, nos colmaban de alegría y nos hacían invulnerables. (Carta al abate Cavanilles. México, 22 de abril de 1803).

El mejor recuerdo que conservó Humboldt de sus viajes y estancias americanas fue sin lugar a duda la ciudad y el valle de México tan luminoso en aquel entonces, la famosa "región más transparente del aire".

No hay nada más rico ni más variado que el espectáculo que presenta el valle cuando por una hermosa mañana de verano, cuando el cielo está sin nubes y de aquel azul oscuro característico del aire seco y puro de las montañas elevadas, uno sube a contemplarlo desde una torre de la catedral.

En 1824, Alejandro de Humboldt es uno de los hombres más respetados de su siglo; sus obras le han proporcionado una fama mundial. Acumula honores y condecoraciones. Vive a gusto en París rodeado de amigos como Gay-Lussac y Arago, y sin embargo lleva como una añoranza de la "gran y magnífica ciudad de México". Confió este sueño a Lucas Alamán, ministro de Relaciones Exteriores, diputado a las Cortes de España de 1821-1822, quien pasó por París en 1822. Parece que este proyecto le preocupaba bastante, como lo revela en una carta dirigida a su hermano Guillermo (Verona, 17 de octubre de 1822):

Tengo un gran proyecto de un gran establecimiento central de ciencias en México, para toda la América libre. El emperador de México, a quien conozco personalmente, va a caer, habrá un gobierno republicano y tengo la idea fija de terminar mis días de la manera más agradable y la más útil para las ciencias en una parte del mundo donde soy extremadamente querido y donde todo me hace esperar una feliz existencia. Es una manera de no morir sin gloria, de reunir a su rededor muchas personas instruidas y de gozar de esa independencia de opiniones y de sentimientos que es tan necesaria para mi felicidad. Ese proyecto de un establecimiento en México explorando 19/20 del país que no visité (los volcanes de Guatemala, el Istmo...) no excluye un viaje a Filipinas y a Bengala. Será una excursión muy corta y las Filipinas y Cuba se convertirán, seguramente, en Estados confederados de México.

Te reirás, sin duda, al ver que me ocupo tan ardientemente de este proyecto americano, pero cuando no se tiene familia, ni se tienen hijos, uno debe pensar cómo embellecer su vejez (...)

Ni Cuba ni Filipinas se confederaron con México, pero el barón acertó profetizando la caída de Agustín de Iturbide y también al considerar que sería bienvenido en la nueva república, pues basta leer la carta que le mandó Lucas Alamán, fechada del 21 de julio de 1824:

Los luminosos escritos de Vuestra señoría relativos a América, fruto de sus talentos y de sus viajes a esta parte del globo, han sido recibidos generalmente con aquella estimación que reclaman sus interesantes materias y las noticias de que abundan. Ellas hacen formar un cabal concepto de lo que podrá ser México bajo una buena y liberal Constitución, por tener en su seno los elementos todos de prosperidad, y su lectura no ha contribuido poco a avivar el espíritu de independencia que germinaba en muchos de sus habitantes, y a despertar a otros del letargo en que los tenían una dominación extraña.

La Nación toda está penetrada de gratitud por los trabajos de Vuestra Señoría (...) Teniendo entendido que Vuestra Señoría se propone volver a este país, sería esto de la mayor satisfacción para su Alteza serenísima, pues desea vivamente que lleve Vuestra señoría adelante esta idea, complaciéndose en la de poder contar entre los habitantes de esta República un hombre tan ilustre y dignamente estimado en el mundo civilizado.

No se realizó el proyecto desgraciadamente para México y desgraciadamente para Humboldt. Por decreto del 29 de septiembre de 1827, el gobierno mexicano otorgó la nacionalidad mexicana a Alejandro de Humboldt y a su compañero Amadeo Bonpland. Además en 1857, el sabio será avisado que una ciudad fundada en el istmo de Tehuantepec llevará su nombre, y en junio de 1859, un mes después de su muerte, el presidente Benito Juárez confirió a Alejandro de Humboldt el título de "Benemérito de la Patria" y una estatua fue

elevada en su memoria, la cual estaba delante del Colegio de Minería de México.

No se puede sino concluir que entre Humboldt y México se ha desarrollado una larga historia de amor, con sus tiempos felices y con sus añoranzas.

DUVIOLS, Jean-Paul y MINGUET, Charles, *Humboldt, savant-citoyen du monde*, France, Evreux, Ed. Gallimard, Col. Découvertes Gallimard-Invention du Monde, 1994, 144 p. ISBN 2-07-053198-8.



J. H. Schmidt, *Alexandre de Humboldt à quinze ans*, pastel, 1784. Goethesmuseum, Frankfurt am Main. Duviols, Jean-Paul y Minguet, Charles, *Humboldt, savant-citoyen du monde*, p. 12.